

La última de la lista es Almudena Grandes

Fernando Tomás

La obra de Almudena Grandes (Madrid, 1960) ha ido formando, desde sus inicios con *Las edades de Lulú* hasta su monumental proyecto *Episodios de una guerra interminable*, un conjunto que cada vez logra mayor significación y ocupa un lugar más grande dentro de las letras españolas. A ella no le gustaría que la situasen en ninguna lista formada sólo por mujeres, pero si eso se llevara a cabo, su nombre tendría que seguir a los de Carmen Laforet, Ana María Matute o Carmen Martín Gaité, eso en lo que respecta a autoras contemporáneas, y no andar muy lejos del de Emilia Pardo Bazán si nos empeñáramos en emparentarla con su querido siglo XIX. Estamos hablando, en cualquier caso, de una escritora de esa dimensión, la última gran narradora que hasta el día de hoy ha dado nuestra literatura.

A ese nivel no se llega, sin embargo, sólo a base de talento, sino también por pura ambición, y Almudena Grandes tiene que ser a la fuerza muy ambiciosa, porque de lo contrario jamás habría salido del espacio al sol que había ganado al menos con dos de sus novelas, las extraordinarias *Los aires difíciles* y *El corazón helado*, para embarcarse en este proyecto monumental del que ya han aparecido los dos primeros volúmenes, *Ines y la alegría* y, ahora, *El lector de Julio Verne*.

Este último, en mi opinión, forma por el momento, y junto a las recién mencionadas *Los aires difíciles* y *El corazón helado*, el trío de ases de su obra, porque en los tres casos la estructura es perfec-

Almudena Grandes: *El lector de Julio Verne*. Tusquets. Barcelona, 2012.

ta, la trama está construida con una solvencia magnífica y los personajes resultan inolvidables, tanto el del joven Nino que protagoniza el relato, como los de su padre, el guardia civil porque peor habría sido no serlo, que con tanta eficacia defiende aquello en lo que no cree, aunque sea de puertas para afuera; su madre, una de esas esposas de la época que en el ámbito familiar llevaban la voz cantante haciendo los coros, por así decirlo, acostumbradas a ceder por fuera ante los maridos y a imponerse en el fondo; o, naturalmente, el mismo Cencerro, el legendario guerrillero que sin cambiar de nombre cambiaba de cuerpo, puesto que cuando el que lo llevaba moría abatido por los policías o los militares que lo buscaban por las sierras, era sustituido por otro. La hermosa e inteligente metáfora de la resistencia que ofrece ese símbolo, es aprovechada por Almudena Grandes para construir un héroe con hechuras de mito. Los héroes lo son por lo que hacen, pero los mitos pueden serlo por lo que nadie les ha visto hacer, y su esencia es la fantasía, que es el material del que están hechas las leyendas. Los personajes de *El lector de Julio Verne* tienen una fantasía, que es creer que no resultaba imposible escapar de la dictadura que tenía secuestrado el país y que, en algún momento, iban a venir a liberarlos. Nadie lo hizo, como todo el mundo sabe.

Con su prosa sin prisas, detenida y brillante, la autora de *Te llamaré Viernes* pone negro sobre blanco la emoción de quienes no tenían entonces más que dos salidas, la esperanza o la rendición, y pone el acento en aquellos que se atrevieron a combatir contra un enemigo cruel e inabordable porque sus ideas siempre les parecieron más importantes que sus vidas, más o menos igual que hacía en la primera entrega de la serie, *Inés y la alegría*, con la diferencia de que allí la resistencia era exterior y aquí es interior, así que donde unos buscaban un sitio por el que regresar, otros buscan un sitio del que escaparse. El fondo del mensaje es alentador: al final, la justicia y la democracia siempre vencen, y por muy alto que sea el precio colectivo e individual que deba pagar una sociedad por salir del oprobio, debe de afrontarlo con la certeza de que sus sacrificios merecen la pena.

El esfuerzo que hacen los personajes de *El lector de Julio Verne* por mantenerse a flote en medio de una España que se hundía está contado con mano maestra por Almudena Grandes, que a estas

alturas hace un verdadero alarde en lo que se refiere al manejo de su oficio: de la primera página a la última, el lector tiene la impresión de que la autora domina absolutamente su historia, que sabe de dónde a dónde quiere ir y por qué camino; que dosifica la intriga de modo que siempre parezca demasiado pronto para cerrar el libro y que sabe mezclar en sus proporciones exactas la ficción y la realidad, la historia y la fábula, convirtiendo así lo local en universal, algo que certifican las innumerables traducciones que se hacen de sus obras en todo el mundo. Estos *Episodios de una guerra interminable* hablan de sucesos acontecidos en la España inmediatamente posterior al levantamiento militar de 1936, pero sobre todo reflexionan sobre los rincones de la condición humana, como la llamó Balzac, tanto los más luminosos como los más oscuros. Y, algo importante, siempre respetando los límites de la literatura, porque los libros de Almudena Grandes son novelas, no ensayos, y para ella la historia es lo mismo que para Galdós, la base sobre la que está construido el relato, o su punto de partida, pero nunca su centro ni mucho menos su meta, porque como decimos lo que intentan es ser un ejemplo de lo que pueden llegar a hacer las personas cuando hacen lo que no deben ©